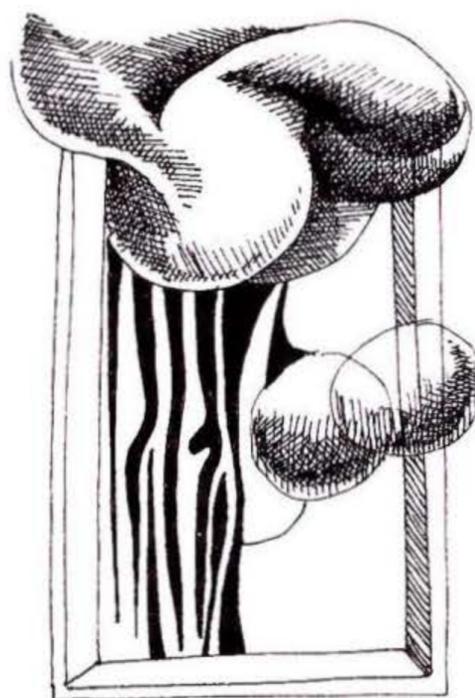


soros que no están escondidos bajo tierra sino al alcance de todo el mundo, aunque ese mundo no se dé cuenta de ello.

Cierto es que la crítica debería consistir, como en Robinson Crusoe, en la elaboración de una lista, lo más amplia posible, en doble columna, de lo bueno, por un lado, y de lo malo, por el otro. Pero lo que sucede es que somos maniqueos, extremistas por vocación. Para nosotros, todo matiz que señale el crítico sueña a hipocresía. Sus juicios tienen que ser draconianos para que suenen reales. Y eso era quizá lo que más nos atraía en el primer Cobo. De ahí en adelante se ha dedicado a reproducir esos juicios, los menos enfáticos, a adherirles información, a cargarlos de nuevas citas, pocas veces a podarlos, a ser menos contundente sin duda, pero también menos agudo, aunque no pretendo restar méritos a esta obra que sigue siendo, a mi entender, una cima en las letras latinoamericanas. Imagino al ensayista, hace años, echando tijera y pegando. Hoy, encima del computador, cortando y pegando por un lado y por otro. Cobo recoge en este libro un sinnúmero de materiales dispersos en conferencias, artículos, ensayos, libros, y levanta un rompecabezas que pretende ser una versión (¿definitiva?) de aproximaciones críticas a los principales autores nacionales. Resulta de todo esto un libro enciclopédico, difícil de leer de corrido, acaso mejor de consultar. Es un libro que, ante tanta riqueza, empalaga. Cobo haría mejor llegando al despojo de otros de sus maestros, un Téllez, un Colacho Gómez, que a la prolijidad casi enfermiza de Arciniegas.

En su afán de compilador impenitente, Cobo Borda nos recuerda a Händel, quien cada vez que necesitaba un nuevo oratorio retomaba algunas arias de otros de los tantos que ya había hecho, les cambiaba la letra y... listo. Y si de pronto el aria era de Telemann, y pocos lo sabían, pues, ¡tanto mejor! Eran las ventajas de la poca difusión publicitaria de los tiempos y de la ausencia misma del concepto de plagio. Cobo

hace algo parecido. Si bien se resguarda y precave a través de las comillas, esos guardaespaldas de las palabras, que tienen un efecto jurídico maravilloso y es que hacen que la cita, encerrada en ellas, quede de hecho bajo todo abrigo de plagio. Y aquí es donde no puede negarse que Cobo es un artista para citar. Vale resaltar, pues, una vez más, la ya célebre abrumadora pertinencia de sus citas.



Podría decirse que este libro es el resumen de todos los anteriores y que destila su quintaesencia, así como cada nuevo libro de poesía de Cobo no es sólo el resumen sino la totalidad de los anteriores. Pero da la casualidad que este libro no se vende en los supermercados, y ni siquiera en las librerías, puesto que esta rara colección de la Presidencia de la República fue ideada para las bibliotecas públicas. Casi, diríamos, una forma de asegurar el anonimato perpetuo y la nula difusión de un libro. Pero el número de obras escritas entre nosotros otorga fama y respeto. No en vano todo el mundo quiere que el autor de este libro escriba artículos en sus revistas, prologue sus libros o elabore el discurso inaugural de su empresa. Pero yo sospecho que, al igual que a Sanín Cano, los colombianos no leen a Cobo. Para empezar, no poseen el bagaje intelectual para leerlo. Cobo, como Borges, como Sanín Cano, es

escritor para escritores. Se dirige como sus ilustres antecesores, a un supuesto grupo de letrados que sólo existe en el mundo quimérico de la mente del autor y sin el cual perderían su razón de ser, pues no saben que en realidad están escribiendo para el futuro, esto es, para un par de curiosos del futuro. A cambio de ello, Colombia le paga publicándolo mucho, en artículos que deben ser muy buenos, muy eruditos, muy formativos, y que pasarán al cesto de la basura junto con el resto de la revista y la multitud de trivialidades que los acompañan. Pero qué le vamos a hacer. Cobo Borda no tiene la culpa del lugar en el que nació. Y es que ése ha sido el destino de este país: el de no darse cuenta de nada, ni siquiera de que Cobo ha sido para nosotros, y ya lo he dicho antes, lo que Borges ha sido para Argentina y Octavio Paz para México. Ahí, un poquito atrás, viene Cobo Borda tomando el relevo. Espero que estas palabras sean leídas apenas como una advertencia ante los riesgos de la prolijidad.

LUIS H. ARISTIZÁBAL

Niega toda orilla

Para leer a Álvaro Mutis

Juan Gustavo Cobo Borda

Espasa Fórum, Bogotá, 1998, 160 págs.

El encuentro entre Álvaro Mutis y Juan Gustavo Cobo Borda no es casual: dos poetas unidos por la amistad —ese diálogo infinito—, las lecturas compartidas —Nicolás Gómez Dávila, Ernesto Volkening, Francisco Madariaga— y un lúcido escepticismo.

No es gratuito tampoco que en la obra crítica de Cobo Borda (Bogotá, 1948) aparezca *Para leer a Álvaro Mutis*, texto que se perfila junto con *Para llegar a García Márquez* (1997) y *Arciniegas de cuerpo entero* (1987) como una gran lectura de nuestra

tradición literaria. Arciniegas, García Márquez, Mutis, tres paradigmas excepcionales en nuestra "tradición de la pobreza" (poética, narrativa y ensayística).

Retomando a Cobo Borda, podríamos afirmar que existe otro colombiano que amplía la soledad insular de José Asunción Silva, Jorge Isaacs, José Eustasio Rivera, y que disfruta de una real incidencia internacional junto a García Márquez y Germán Arciniegas: ese gaviero es Álvaro Mutis.



Cobo Borda inicia este itinerario —ensayo interpretación— con una biografía del poeta desde su trabajo como locutor en la Radio Nacional, hasta ser jefe de relaciones públicas de la Esso, nombramiento que le significó una acción judicial y que le obligó a pasar quince meses confinado en la cárcel de Lecumberri (México). La parte central del texto la constituye un vivaz diálogo directo con todos sus libros, empezando con *La balanza* (1948), siguiendo con *Los elementos del desastre* (1953), *Reseña de los hospitales de ultramar* (1959), *Los trabajos perdidos* (1965), *Summa de Maqroll el Gaviero* (1973), *La mansión de Araucaíma* (1973) y terminando con sus novelas: *La nieve del almirante* (1986), *Ilona llega con la lluvia* (1987), *Un bel morir* (1989) y *La última escala del Tramp Steamer* (1988). El ensayo se cierra

con dos entrevistas y la bibliografía y cronología del autor.

El libro de Cobo Borda reúne artículos publicados en *La alegría de leer* ("Summa de Maqroll el Gaviero"), *Poesía colombiana 1880-1980* ("Álvaro Mutis y su *Summa de Maqroll el Gaviero*"), en las revistas *Eco* ("La poesía de Álvaro Mutis") y *Cuadernos Hispanoamericanos* ("Los 70 años de Maqroll el Gaviero").

Maqroll el Gaviero es el áter ego (conciencia lúcida) del escritor antimoderno, gibelino, reaccionario y monárquico nacido en Bogotá (1923), criado nueve años en Bruselas y educado para el asombro en Coello, su única patria (hacienda de café, plátano y caña en el Tolima). Maqroll es la metáfora viva del poeta exiliado hace años en México, que no vacila en confrontar las tierras del trópico con las de una Europa milenaria. Maqroll —personaje de ascendencia romántica, figura baladesca, héroe de una gesta ignominiosa— navega aguas arriba en la obra de Mutis hasta *Los elementos del desastre* (1953), donde aparece la figura fluvial en una "oración incompleta".

La insatisfacción de este personaje —perseguido por sí mismo— lo lleva a saltar de género en género, del verso a la prosa, de la elegía a la épica, del río al mar. Cobo Borda lo rastrea, contempla su paulatina degradación, su letanía cotidiana, su errancia baudeleriana por el viejo y nuevo mundo en busca de su patria metafísica, su desgaste de la conciencia ante el sopor moral del trópico. Compara, finalmente, las empresas de Maqroll con las tribulaciones de un país como Colombia, cuyas tierras aluden literalmente al mundo de Conrad en *El corazón de las tinieblas*. Colombia y su "estigma feroz de una violencia que parece consustancial", país que no sale —como dijo el propio Mutis— de una "tiniebla de necedad", escenario que se asemeja al de la película *Apocalipsis Now* de Francis Ford Coppola en su adaptación cinematográfica del texto de Joseph Conrad.

Para leer a Álvaro Mutis es el "cuaderno de bitácora" que sólo un

poeta-lector como Cobo Borda puede reconstruir para descifrar los evangelios apócrifos de Mutis-Maqroll. Bitácora, en última instancia, de la poesía, esa "causa felizmente perdida" y solitaria como la conciencia del Gaviero, quien desde la altura vislumbra la ceguera del mundo y de la especie.



Maqroll: currículum vitae

Nombre: Maqroll el Gaviero.

Pasaporte: chipriota (bastante dudoso).

Lecturas: Conrad, Melville, Proust, Simenon, Machado.

Obsesiones: la trashumancia (cambiar de espacio y tiempo).

Enfermedad: la melancolía.

Reencarnaciones: húsar, oficial napoleónico, trovador, bufón de la corte.

Lección: "Sigue a los navíos. No te detengas. Niega toda orilla".

Viajes: Afganistán, Chipre, Marsella, Alicante, Trinidad, Lisboa, Estambul.

Frase: "A mayor lucidez mayor desesperanza y a mayor desesperanza mayor posibilidad de ser lúcido".

Cualidad: la inasibilidad (entrar y salir de la muerte).

Definición de poesía: "La vida desde la gavia, una breve dicha sobre la tierra".

Mujeres: Flor Estévez, Ilona Grabowska, Amparo María, Larissa, Antonia.

Herejía: "La muerte lo infecta todo, la muerte esa brújula magnetizada".
Amigos: Abdul Bashur, Alejandro Obregón, Álvaro Mutis.
Epitafio: "No era aquí".
Palabra predilecta: zarpar.

JORGE H. CADAVID

446 páginas de apretado lirismo en prosa

Las auroras de sangre. Juan de Castellanos y el descubrimiento poético de América

William Ospina

Ministerio de Cultura, Grupo Editorial Norma, Bogotá, 1999, 446 págs.

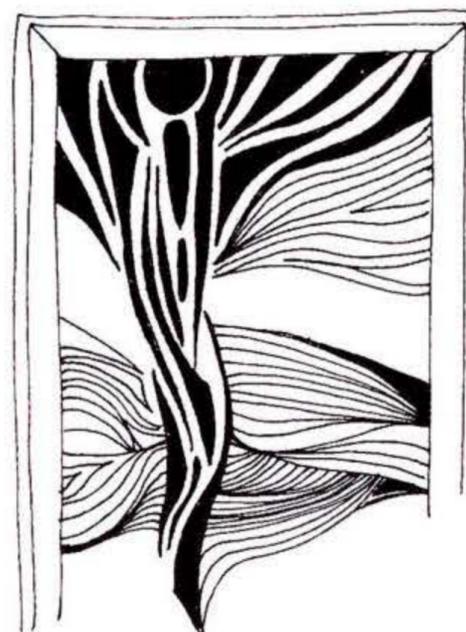
Tengo que confesar, para empezar, que llegué a este libro con un prejuicio ambivalente en su contra: la persuasión de que William Ospina es uno de nuestros mejores poetas, junto a la lectura y el posterior comentario, lúcido aunque acaso algo perverso, de Andrés Hoyos al amplio ensayo de Ospina *Es tarde para el hombre*, un libro tan bien escrito como ingenuamente dirigido a valorar un presunto rescate de un mundo religioso que, según su autor, es el que le haría falta a una humanidad vacía de contenidos y de rumbos en el nuevo milenio. Me sorprendió su lectura, y no pude dejar de hacer el paralelo con *La pregunta por el hombre*, ese desgarrado testamento al que considero el mejor libro de Andrés Holguín. Y digo que me sorprendió que dos de los libros de ensayos más importantes del final del siglo XX en Colombia, con nombres incluso similares, terminaran esbozando propuestas tan antagónicas. Holguín terminaba su vida con una confesión de serenísimo nihilismo, de una racionalidad casi chocante, ajena del todo a su mundo poético y a su amor por el misticismo oriental, en el más inesperado de sus

temas inesperados. Ospina, apocalíptico, abandonaba su serena racionalidad poética y hacía una propuesta de índole casi mística y esotérica. Eran libros inesperados, como si se hubiesen trocado los autores. Mucho más poético el segundo, mucho más lúcido el primero. Yo iría más allá de lo que escribió Andrés Hoyos —que, por cierto, no menciona el libro de Holguín— para intentar examinar esas posiciones contrapuestas y maniqueas como un episodio más de la eterna lucha entre los pensamientos de Oriente y de Occidente.

Y es que hasta la última palabra estuve de acuerdo con Hoyos. Las ideas esbozadas por Ospina en aquel libro me parecieron desmesuradamente poéticas, casi vergonzosamente líricas, llenas de efluvios más hermosos que correctos y, como tales, ancladas en una irrealidad esencial. Y no es que la propuesta estética carezca de valor, sino que el ensayo de Ospina se pretendía algo más que eso, y ése, me parece, era su defecto fundamental. Su valor, pues, como propuesta intelectual consciente se me antojó, al igual que a Hoyos, bastante pobre. Siempre he creído que se puede ser un gran poeta junto a un pésimo intelectual. Ospina es un gran intelectual, pero lo que quiero decir es que el buen poeta no es por fuerza un buen pensador.

Hasta aquí la mirada de Andrés Hoyos, otro excelente prosista por lo demás. Ahora bien: lo que Hoyos no quiso comentar, acaso porque lo demás ya vedaba cualquier otro acercamiento, fue el estilo del autor. La reseña de Hoyos no basta para ocultar lo que más atrae en el tolimense; esto es, que Ospina posee un estilo maravilloso, brillante y mágico. Y es que si nos acercamos con mirada de poetas al texto, sin buscar en él más que valores estéticos, sugerencias vibrantes, deliciosas correspondencias sensoriales, atisbos de vida inteligente en el planeta de las correspondencias misteriosas que no pueden ser explicadas, si es que acaso pueden ser explicadas, sino por el sentimiento, Ospina se convierte de pronto en una especie de gran hechicero entre los escrito-

res actuales en Colombia. Y es que la lógica de Ospina —no es que carezca de ella— se me antoja meramente literaria, totalmente poética, desmesuradamente sensual, así se apoye en el rigor de las referencias eruditas y en una aparente precisión en los conceptos, que por lo demás suele reivindicar con demasiada frecuencia. Esto es, rechazo a los dogmatismos, a las ambigüedades, a las simbologías freudianas o de cualquier otro tipo, junto con una búsqueda de significados históricos precisos.



Pero creo que se trata de una cuestión de temperamento. Es como si la poesía fuera a lo prosaico lo que la filosofía a la ciencia. Allí donde termina la una, comienza la otra. Cada nuevo descubrimiento de la "realidad", esa palabra que Nabokov sugería fuese escrita siempre entre comillas, destruye para siempre enteros mundos poéticos. Y hay quienes buscan vivir siempre dentro de ese reducto no alcanzado por la ciencia; se niegan inconscientemente a salir de él. El desvelo de cada misterio supone para ellos una pérdida, algo que sale en adelante del círculo de sus afectos porque ha perdido la mayor de sus gracias: el misterio. Y Ospina —el juicio es demasiado contundente como para no arriesgar equivocarme— es de la estirpe de aquéllos. No en vano son sus maestros un Borges, un Whitman y un Browning. ¿Quién más lógico que Borges? Y sin embargo, ¡cuán visceral! ¡Qué manera de poner la in-